MEDITACION XL

DE LO SUCEDIDO EN EL MONTE CALVARIO ÁNTES DE LA CRUCIFIXION

PUNTO PRIMERO

Para hacer Cristo su crucifixion y muerte más penosa y afrentosa, y para nosotros más provechosa: quiso que fuese en campo raso; en sitio destinado á ajusticiar los malhechores; llamado Calvario; en la hora de mediodia; en el dia de la Pascua.

Lo primero, se ha de considerar, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodia, y en tiempo de tanta solemnidad, pues todo esto tiene misterio, atento que no acaso sino por su eleccion y voluntad, escogió ser crucificado; y el modo, tiempo y lugar, con las demás circunstancias del sacrificio (1).

La principal causa fué, para que su crucifixion y muerte por todas partes fuese para él más penosa, y para nosotros más provechosa, por los raros ejemplos de virtud que por esta ocasion resplandecieron en ella. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicas, y pudiesen ser vistas de todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enor-

(1) D. Th. 3, p. q. 46 a 10.

mes delitos, y para que se entendiese que moria, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas y librarnos de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, por estar lleno de calaveras de los ajusticiados, lugar hediondo y asqueroso, para que todo esto le causase horror, y se entendiese que su sangre era para la salud de vivos y muertos, y para vivificar las almas, y á su tiempo los cuerpos. Quiso tambien ser crucificado al mediodia, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecia por todos con exceso de fervor, significado por el sol de mediodia (1). Y por esta misma causa escogió morir en dia solemne de Pascua, cuando concurria á Jerusalen innumerable gente, porque llegando sus pasiones á noticia de muchos, fuesen más afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heróica humildad, paciencia y caridad, con que padecia tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias, cuales nunca en el mundo fueron vistas. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y más desechado de la tierra; para entrar en el mundo, escogiste un vil establo, y para salir de él un infame Calvario; para nacer, escoges un lugar asqueroso, morada de animales, y para morir tomas otro lleno de calaveras de malhechores. Cuando naciste, concurrió mucha gente á Belen, para que te fuese ocasion de no hallar posada; y cuando mueres, concurre mucha gente á Jerusalen, para que te sea ocasion de mayor infamia. Naciste á

(1) D. Th. 3, p. q. 46 a 9.

media noche, y en ciudad pequeña, para que fuese oculto tu nacimiento glorioso; y padeces á mediodia en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Y pues tu eleccion es siempre acertada, concédeme, Salvador mio, que á imitacion tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillacion hasta la muerte. Amen.

PUNTO SEGUNDO

1. Crueldad de los sayones en dar á Cristo vino mezclado con hiel y vinagre.—2. Cómo los pecadores renuevan á Cristo este brebaje al ofrecerle obras buenas con perversas intenciones y otras malas circunstancias.—3. Dos veces dieron de beber al Señor en el Calvario, como algunos contemplan.

Llegado al monte Calvario, diéronle vino mirrado, mezclado con hiel; y como lo gustase, no quiso beberlo (1).

1. Aquí se ha de considerar lo primero, la grande crueldad de estos sayones, porque acostumbrando á dar buen vino á los que habian de ajusticiar para confortar su desmayo (2), y estando Cristo nuestro Señor afligidísimo, y apretado de sed, por estar muy desangrado, y haber hecho tantos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino, se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentar la lengua, boca y estómago, donde no habian llegado los azotes, ni las espinas. Pero Cristo nuestro Señor, aunque sabia el vino que le daban, gustólo, aunque no lo tragó, queriendo gustar aquella

(1) Matth. XXVII, 34.—(2) Prov. XXXI, 6.

amargura, y padecer aquel tormento en su seca lengua y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no halláremos alivios de los hombres, sino aumento de ellos; y tambien ejemplo de sufrimiento, cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel (1). ¡Oh dulce Jesus, cuán cara te cuesta la paga de nuestras gulas! No se dirá por ti, que *los padres comieron la uva aceda, y los hijos padecen la dentera* (2); ántes al contrario, tus hijos comimos las uvas amargas, y los agrazones de los pecados, y tú padeces la dentera, gustando las amarguras y tormentos que merecimos por ellos. Perdona, Redentor mio, las demasías que en este vicio he cometido, y sea salsa de mi comida la memoria de tu hiel (3), para que ni la falta del manjar me aflija, ni su deleite me arrebate.

2. Lo segundo, se ha de considerar los muchos hombres que ahora dan á beber á Cristo nuestro Señor vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oracion con distracciones voluntarias y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva, que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones (4), con que los pecadores convidamos á Cristo; pero aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo

(1) Ps. LXVIII, 22.—(2) Ierem. XXXI, 29, Ezech. XVIII, 2.
(3) Thren. III, 19.—(4) Deut. XXXII, 32-33.

escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. ¡Oh Rey soberano, cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy! Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre, mezclado con miel de consolaciones suavísimas, y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy más vino de buenas obras, tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo y rumiarlo (1), y admitirlo en tu corazon, juntándome con él con union de perfecto amor.

3. Algunos contemplan, que dieron á beber á Cristo nuestro Señor dos veces en llegando al monte Calvario. La primera vez, le dieron vino escogido, que llama San Márcos mirrado (2) y confeccionado, cual solian dar á los que habian de ser crucificados, para que los enajenase de los sentidos, y sintiesen ménos el tormento, Y de éste dice el evangelista San Márcos, *que no lo quiso recibir* (3). Y por esta causa aquellos crueles soldados con rabia le dieron segunda vez vino mezclado con hiel, del cual tambien dice el evangelista San Mateo, *que lo gustó,* pero *no quiso beberlo* (4); y siendo esto así, resplandece la caridad de Cristo nuestro Señor, en no querer tomar el primer vino por no recibir aquel alivio, sino padecer con su sentido entero, y sentir mucho la terribilidad de sus dolores, y en gustar el segundo vino, para sentir su amargura, aunque no lo tragó, por la significacion dicha.

(1) Cant. VII, 9.—(2) Marc. XV, 23.—(3) Ibid.
(4) Matth. XXVII, 34.

PUNTO TERCERO

Quítanle sus vestiduras, y ésta fué la más afrentosa y dolorosa de las cuatro veces que le desnudaron.

Lo tercero se ha de considerar, cómo para crucificar á Cristo nuestro Señor, primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, con gran dolor y afrenta.

Cuatro veces desnudaron á Cristo nuestro Señor en su pasion, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. La primera, cuando le azotaron. La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. La tercera, cuando despues le desnudaron la púrpura, y le tornaron á poner sus vestiduras. La cuarta, fué para crucificarle, y ésta fué la más dolorosa y afrentosa, porque es de creer, que la túnica estaria pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad, desollándole, como cuando trasquilan sin tiento á la oveja, y la llevan con las tijeras pedazos del pellejo con la lana. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de él los que le miraban. Todo lo cual sufria este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al Eterno Padre, por la confusion que nuestros pecados merecian, y dándonos ejemplo de sufrimiento, cuando nos faltare el vestido y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándonos á la desnudez y pobreza evangélica que habia predicado, y siempre desde que nació ha-

bia ejercitado. Oh Salvador mio, cuán á la letra quereis cumplir lo que está escrito: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella* (1). Desnudo nacisteis en el mundo, cubriéndoos luego vuestra Madre con unos viles y pobres pañales; y al tiempo de salir del mundo estuvisteis tambien desnudo de las vestiduras que ella os habia dado, sin que le fuese permitido cubriros con otras. Oh segundo Adan celestial, ¡cuán cara os ha costado la desnudez del primer Adan terreno, nacida de su desobediencia (2), pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fué menester que Vos estuviésedes desnudo con tanta ignominia! Oh vino del divino amor, que así embriagaste á este divino Noé (3), reparador del mundo, que le dejaste desnudo, escarnecido y mofado del pueblo que tenia por hijo. Embriágame tambien á mí para que me desnude de todas las cosas terrenas, y siga desnudo al desnudo Jesus, gustando de sus desprecios. Desnudo salí, Salvador mio, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él; vuestra desnudez será mi vestidura, vuestra deshonra mi librea, vuestra pobreza será mi riqueza, vuestra confusion mi gloria y vuestra muerte será mi vida; porque muriendo con Vos, resucitaré á nueva vida con Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

(1) Iob. I, 21. — (2) Gen. III, 10. — (3) Gen. IX, 21.

MEDITACION XLI

DE LA CRUCIFIXION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

PUNTO PRIMERO

1. Obediencia de Cristo en tenderse sobre la cruz.—2. Afectos de su corazon al verse como otro Isaac tendido sobre el altar del sacrificio.

Despues que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo, habiendo puesto la cruz tendida en la tierra, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo punto se tendió, extendiendo sus brazos y piés, para que fuesen enclavados (1).

1. En lo cual se ha de ponderar, la obediencia excelentísima de este Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones, en cosa tan áspera y terrible, como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz, para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obedecer á mis prelados, aunque sean malos, y de sujetarme á toda humana criatura por su amor, en lo que no fuere contrario á la divina ordenacion (2). Oh Adan celestial, que tendiste tus manos, no como el Adan terreno, para tomar la fruta del árbol con desobediencia, sino para ser cosidas en otro árbol por obediencia; dame gracia para que yo levante las mias á cumplir tus manda-

(1) Matth. XXVII, 35, Marc. XV, 24, Luc. XXIII, 34, Ioan. XIX, 18.
(2) I Petr. II, 18-13.

mientos (1), tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

2. Luego ponderaré, lo que haria Cristo nuestro Señor cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama, porque sin duda levantaria los ojos al cielo, y daria gracias al Eterno Padre, porque á tal tiempo le habia traido, y con grande voluntad se ofreceria á ser sacrificado sobre aquel altar, con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fué puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada (2), así nuestro dulce Jesus estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo. Oh Padre Eterno, pues tanto os agradó el rendimiento y obediencia de Isaac, que enviasteis del cielo un ángel para que detuviese la mano de Abrahan, y no le hiriese con la espada; contentaos, si es posible, con el rendimiento de este benditísimo Isaac, tendido sobre este altar de la cruz, y enviad otro ángel que detenga las manos de estos sayones para que no enclaven las de vuestro Hijo. Bastantes muestras ha dado de su excelentísima obediencia, contentaos con tan generosa voluntad, sin que llegue á ponerse en obra. Pero ya veo, Señor, que vuestras obras y las de vuestro Hijo son perfectas, y así ambos quereis que sea perfecto el sacrificio, para que sea copiosa nuestra redencion. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia, para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo, entero, perfecto y agradable á vuestra Majestad.

(1) Ps. CXVIII, 48. — (2) Gen. XXII, 9.

PUNTO SEGUNDO

1. Dolores de Cristo en su crucifixion.—2. Terrible recrecimiento de dolor al enclavarle la otra mano.—3. Acerbísimo dolor de la Vírgen en la crucifixion de Jesus.

Tendido Cristo nuestro Señor en la cruz, tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso la enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y otro pié con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas.

1. Sobre este paso tengo de considerar: primeramente, el terrible dolor que sintió Cristo nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes más nerviosas, y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, ¿cuánto sentiria este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios y rasgándole sus delicadas carnes? ¡Oh cuán bien te cuadra, Dios mio, el nombre que te puso Isaías, llamándote *Varon de dolores* (1), pues jamás hubo dolor en esta vida que igualase al tuyo! Oh manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios (2), ¿quién os ha enclavado en los brazos de la cruz, y esmaltado con las cabezas de sus clavos? Oh piés sacratísimos, de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido (3), ¿quién os ha cosido con ese duro madero? Oh dulce Jesus, *¿qué llagas son esas que teneis en medio de vuestras*

(1) Isai. LIII, 3. — (2) Hab. III, 4. — (3) Ibid. 5.

manos (1) y de vuestros piés? ¿Quién ha dado atrevimiento al martillo y á los clavos para traspasarlos, siendo Vos su criador? Mis pecados sin duda son la causa de todo esto, los que yo cometí con las manos de mis malas obras, y con los piés de mis malos afectos, llagando ellos á mi alma, y afligiéndoos más con estas llagas, que con las que recibís en vuestro cuerpo. Oh Padre Eterno, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mias. Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenasteis las llagas del Hijo inocente, para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados (2).

2. Lo segundo, consideraré otro terrible dolor que padeció Cristo nuestro Señor en esta crucifixion, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro; y para que llegase, estiráronle tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos; y por esta causa dijo de sí en el Salmo: *Cavaron y agujerearon mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos* (3); esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar los huesos que tenia. Este dolor fué de los más terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su pasion, porque aunque no le quebraron ningun hueso (4), como dice la Escritura, pero aquella extension y desencajamiento ó descoyuntamiento fué dolorosísimo, y ofrecióle este Señor en satisfaccion de los pecados que cometieron los miembros

(1) Zach. XIII, 6. — (2) Isai. LIII, 5.
(3) Ps. XXI, 18. — (4) Ioan. XIX, 36, Exod. XII, 46.

de su Iglesia, por la desunion y falta de concordia y caridad. Oh Salvador de mi alma, ahora quiero decir lo que dijo David: *Todos mis huesos dirán, Señor, ¿quién es semejante á ti?* (1). ¡Oh si mis huesos se convirtiesen en lenguas para alabarte por el dolor que padeciste en los tuyos! ¿Quién jamás fué semejante á ti en los dolores y tormentos, y en las ignominias y desprecios que padeciste en la cruz? Ninguno puede igualarse con las grandezas de tu divinidad, ni tampoco se igualará con las bajezas, mezcladas con admirables virtudes, de tu sacratísima humanidad. ¡Oh si supiese contar tus huesos, que son las virtudes interiores, cubiertas con esa dolorosa figura que tienes en la cruz, para imitarte en ellas! Concédenos, oh buen Jesus, por este dolor, que los huesos de tu Iglesia, que son los prelados y varones perfectos, vivan unidos entre sí, y con la demás gente flaca, que es la carne de tu cuerpo místico, trabados con union de caridad, para que todos á una te glorifiquemos, y nuestras obras estén predicando tus grandezas, diciendo: Señor, ¿quién será semejante á ti en el poder, pues así puedes unir tan diferentes voluntades con tal union de amor?

3. Lo tercero, se puede ponderar el dolor grande que sentiria la Vírgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pié del Hijo, y traspasaba tambien con agudo dolor el corazon de la Madre. Oh Vírgen soberana, si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varon de dolores, á Vos tambien os

(1) Ps. XXXIV, 10.

cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores, pues con verdad podíades decir á todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino: *Atended, y mirad si hay dolor semejante al mio* (1). ¡Oh si estas martilladas traspasasen tambien mi corazon como el vuestro! ¡Oh si los oidos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiracion, quebrantando con dolor mi duro corazon por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado!

PUNTO TERCERO

1. Dolor, vergüenza y afliccion de Cristo al ser levantado en la cruz.—2. Copiosa sangre que brota de sus cuatro heridas.—3. Gritería de sus enemigos y llanto de sus amigos en aquellos momentos.—4. Dolor de Nuestra Señora al mirar á su Hijo crucificado.

Despues de clavado Cristo nuestro Señor levantaron los soldados la cruz en alto; y es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo, que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor.

1. Levántate, oh alma mia, en alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazon para enclavarlos con él en la cruz. Mira lo primero el dolor, la vergüenza y afliccion que sintió tu dulce Jesus, cuando se vió en alto á la vergüenza á vista de tanta gente desnudo, afrentado y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo; mira cómo la cabeza no

(1) Thren. I, 12.

tiene dónde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan más las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos, por el peso del cuerpo que tira de ellos; las heridas de los piés se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazon de dolor por haberlos cometido.

2. Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre que salen de las cuatro llagas como cuatro rios, que salen del paraíso (1), para regar y fertilizar la tierra del corazon humano; llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella para que quedes limpio de tus culpas, como *los que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero* (2). Oh sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor.

3. Tambien abre tu oido, para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido, y sin esperanza alguna de vivir. Oye tambien los clamores y llantos dolorosísimos que levantarian las hijas de Jerusalen cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh cuán atormentados estaban vuestros oidos, dulcísimo Jesus, con los alaridos de vuestros enemigos, y con los

(1) Gen. II, 10.—(2) Apoc. VII, 14.

llantos de vuestros amigos. Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos á mirarle, como le vieron en un muladar, cubierto de llagas, apénas le conocieron, y levantando el grito lloraron amargamente, rasgando sus vestiduras, y cubriendo con polvo sus cabezas, y así estuvieron siete dias sin atreverse á hablarle palabra, *porque veian su dolor ser vehemente* (1); ¿qué harian vuestros amigos cuando levantaron los ojos, y os vieron en ese horrible lecho, cubierto de llagas de piés á cabeza, muy más terribles y dolorosas que las de Job? Apénas os conocieron, segun estábades desfigurado, levantaron el grito con amargo llanto, rasgaron sus entrañas con la fuerza de su dolor, cubriéndose de polvo con la vergüenza de vuestra desnudez, y quedaron enmudecidos y pasmados, sin saber qué poder deciros, viendo que vuestro dolor era vehemente. ¡Oh quién me diese un sentimiento tan grande como éste; pues tengo mucha más razon de sentir vuestros dolores, que tuvieron los amigos de Job para sentir los suyos, porque Job no padecia por los pecados de sus amigos, y Vos, Salvador mio, padeceis por los nuestros! Y si el dolor de Job era vehemente, el vuestro era vehementísimo, pues aquel no perdió la vida con la fuerza de su dolor, y Vos la perdisteis cruelmente con la fuerza del vuestro. Llora, pues, oh alma mia, los dolores de tu Señor, rasga tu corazon de pena, cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados; y aunque la lengua no sepa, ó no pueda hablar, tu corazon medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, no sólo por siete dias, sino por todos los dias de

(1) Iob. II, 13.

tu vida, haciendo tu morada á los piés de la cruz.

4. Finalmente, se ha de considerar el dolor que la Vírgen Santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarian eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre; y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazon de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecia el otro, doliéndose más por ellos que por los propios. Ponte, pues, oh alma mia, entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasion, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo, que tú tambien estés crucificada con ellos por verdadera imitacion. Lo que pertenece á este paso se ha de ponderar más, por lo que se dijo en la meditacion fundamental, punto octavo.